

de seguir sus impulsos, de rebelarse contra su clase. Será derrotado y en su derrota Fuentes ejemplifica la de toda su clase, que se vence a sí misma, por que es ella, en sí, la que no puede triunfar. Pero la historia de Ceballos —o de los Ceballos— es una historia maravillosa porque el autor ha sabido recrear claramente cada uno de sus elementos novelísticos. Jaime Ceballos y cada uno de los personajes que lo rodean (Rodolfo su padre, Jorge Barcárcel, la tía Asunción, los dos curas, Juan Manuel Lorenzo) alcanzan categoría de caracteres completos, todos están realmente vivos, todos sufren, gozan, luchan o se resignan con una intensidad narrativa formidable. Cada una de las escenas elegidas por Fuentes, tanto para *formar* la sociedad en la que vivirá su héroe (evolución de los personajes paralela a los sucesos nacionales, datos de carácter, etc.) como para contar la historia de su infancia y adolescencia (soledad, solaridad, relación con el padre, nostalgia de la madre, conflictos

religiosos, descubrimiento del sexo, afán de redención, primera amistad, renuncia final, sumisión a su clase) están perfecta y valientemente desarrolladas y corresponden con absoluta exactitud a las necesidades de la trama. El ambiente se evoca con precisión dentro de una parquedad y justeza de medios definitiva, lo mismo que los personajes circunstanciales que contribuyen a afirmarlo. La solución es inobjetable, cada uno de los elementos de la acción, de las peculiaridades psicológicas de los personajes llevan inevitablemente hacia ella, y su forma cierra por completo el círculo de vida abierto por el novelista. Fuentes demuestra poseer una facultad de observación y un poder creativo justo, profundo y expresivo, de gran novelista.

Nada más resta señalar que sin lugar a duda, *Las buenas conciencias* es una novela a la que no vacilamos de calificar como una de las más importantes, bien logradas y significativas entre todas las publicadas en México.

## LAS MEMORIAS DE SIMONE DE BEAUVOIR

Por Julieta CAMPOS

**S**OBRE LOS demás géneros literarios, las memorias —y, por supuesto, los diarios y la correspondencia— tienen un atractivo especial. Quizá porque se elimina la distancia que imprime necesariamente la elaboración artística. En las memorias, además, suele ser lo social más inmediato aun que en la novela. Allí están el individuo y su ambiente, en sus relaciones, sin haber pasado todavía esas experiencias por el proceso de selección y enriquecimiento que las integra en la obra concluida. El diario o su estudio superior, las memorias, son las catarsis del escritor, donde éste vuelca su conciencia de todos los días y, además un ejercicio casi imprescindible de disciplina intelectual. Si en la novela hay una especie de “antología de lo posible”, en las memorias se transcribe lo irrevocable —el tiempo irreversible, la necesidad de lo sucedido. En las memorias, la realidad es inquestionable e insustituible.

El grado de interioridad y, en consecuencia, de proyección hacia el mundo varía de acuerdo con los matices de la psicología de cada época y del temperamento del autor. Sin duda, quien hace su propia biografía está creando un personaje para que, en lo sucesivo, los demás lo vean tal como él prefiere verse a sí mismo y dentro del escenario de su mundo —el de su tiempo— proyectado a su través. En una escritora tan poco aficionada a los subterfugios como Simone de Beauvoir, la garantía de autenticidad de “su” personaje parece satisfactoria. Al tono de confesión se une la intención de reconstruir el ambiente inmediato de la infancia —la familia y su medio— y el más amplio de la época, ya en la adolescencia. A la inversa de lo que podría esperarse, hay más “interioridad” en la creación de la infancia y la primera adolescencia que en la de la juventud—donde la sensibilidad pura se intelectualiza notablemente. Pero esta última parte tiene otro interés: el de ser un testimonio inteligente de las experiencias históricas en que se formó la generación de Sartre (n. 1905), precedida en pocos años por la de André Malraux (n. 1907).

La niñez de Simone transcurre entre el modesto ambiente familiar, no desprovisto de refinamientos y el “gran mundo”, que se entreabre a veces para ella, gracias a remotas relaciones familiares. El padre —cuyo retrato es excelente— admira a Maurras, posee una más que mediana cultura y, como puede suceder con la pequeña burguesía que posee un apellido con partícula, cultiva los gustos aristocráticos. En él centra la niña su incipiente vida intelectual, estableciendo una aguda separación, desde siempre, con la esfera ‘espiritual-religiosa’, que representa la madre: los dos mundos son incommunicables. Una temprana y extraña angustia se templea con numerosas lecturas edificantes y una primera amistad llena de romántica devoción. La vida deja de ser la aventura de la niña que se encuentra a sí misma —“a los cinco años se es un individuo completo”— para transformarse en el drama del adolescente que, perdida la idea de Dios, descubre un día a la muerte. Sin la seguridad de los lazos burgueses, que empieza a rechazar críticamente, experimenta la soledad y un poco la *révolte*. Las primeras grandes lecturas: Gide, Valéry, Claudel, Mauriac, Proust. Los jóvenes leen la obra de una generación que siente que muy pocos de los valores que sostenían espiritualmente a la burguesía han quedado en pie después de la primera Guerra Mundial: algunos tratan de devolverle el alma que han perdido, mientras otros prefieren pregonar la sinceridad “hacia uno mismo” y la necesidad de conocer los estados del alma de cada cual, lo único que parece salir a flote en el naufragio de las verdades universales. Cuando Simone de Beauvoir sale de la adolescencia la gran influencia es Dostoiévski. En 1921 decía Malraux en *Jennese européenne* que el “yo” no era sino “una infinitud de posibilidades”. En 1925 se cultivaba la “Inquietud” —con mayúscula— y empezaban a reinar, con el surrealismo, el subconiente y el absurdo. La angustia era, para muchos jóvenes, un efectivo problema interior: la existencia parecía vacía y gratuita. En 1928, la revista

*Les Nouvelles Littéraires* hacía una encuesta entre estudiantes. Jean-Paul Sartre hablaba en su respuesta, de la libertad, lo necesario y lo contingente, en términos que madurarían diez años después en la filosofía “existencialista”. Por el momento, en un pequeño círculo de amigos, revelaba a los grandes filósofos, componía motetes sobre capítulos de Descartes y dibujaba en las paredes animales metafísicos: los demás eran Nizan, Henri Lefebvre, Politzer y Simone de Beauvoir.

Se ha escrito ya mucho sobre esta época que se prolonga por su problemática, cuando no por sus actitudes, en la muestra. Como testimonio directo, estas *Memorias* tienen, además del aliciente de un estilo lúcido y una penetrante sensibilidad, el valor de un documento viviente para la historia literaria de este siglo.

ALFONSO REYES, *La filosofía helenística*. Breviario N° 147. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 308 pp.

**C**UANDO escribía *El deslinde*, su obra capital, Reyes volvió con mayor énfasis a una aventura presente desde sus libros iniciales: el examen del mundo helenístico. De allí surgieron *La crítica en la Edad Ateniense* y *La antigua retórica*; mas precisaba formar un cuadro sumario de la siguiente etapa, la Edad Alejandrina. Así, sencillamente, nació como parte de la visión total una de las mejores introducciones al pensamiento griego. Partiendo de los méritos que acuden a todos sus trabajos (estilo dúctil y perfecto, arquitectura armónica, severa documentación), Reyes forma un compendio que abarca de la helenización del mundo antiguo (gracias al mestizaje étnico y espiritual que provocó al expansión de Grecia) al Neoplatonismo, representado por Plotino (cuya teoría de las Tres hipóstasis —lo uno, la inteligencia y el alma— anticipa la Santísima Trinidad). Antes, nos ha descrito las sectas, deteniéndose en los Estoicos—centro de gravedad de la filosofía post-aristotélica— los Epicúreos y el Helenismo judío representado por Filón Hebreo. El primer maestro mexicano no permite flaquezas a la obra. Es este el cuarto libro que ha publicado durante 1959. Pero todavía hay quienes rehusan la adhesión total que su labor reclama. Se aprecia más a Reyes en el extranjero que en su propio país. Aquí no faltan reproches a libros como éste, ignorando la evidencia de que Grecia configura culturalmente nuestro universo; ignorando, asimismo, que la raíz de Reyes está profunda, inconsciente e involuntaria en su ser mexicano.

J. E. P.

RAMÓN XIRAU, *El péndulo y la espiral*. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 4. Universidad Veracruzana. Xalapa, 1959, 146 pp.

**X**IRAU HA DIVIDIDO su vocación entre filosofía y literatura. Si le debemos *Tres poetas de la soledad* y un gran número de crónicas y ensayos alrededor de muchos textos y pretextos, *El péndulo y la espiral* es ya su tercer libro conducido a estudiar el pensamiento filosófico. Con claridad y rigor, analiza varias filosofías de la historia; busca un movimiento espiral que anule los sistemas gravados por monotonías y repeticiones. Según Xirau, la realización histórica del marxismo propició un aspecto idealista, pero también